





La Búsqueda





Raúl Calvo

La Búsqueda

Primera edición: marzo de 2017
© Publicación y comunicaciones Caudal, SL.
© Colección Arquero
© Raúl Calvo

ISBN: 978-84-16824-18-2
ISBN Digital: 978-84-16824-19-9
Depósito Legal: M-36799-2016

Editorial Adarve
Cea Bermúdez, 14
28003 Madrid

editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA





I

Eran días de posguerra, pos civil española y segunda mundial. Guerra para matarse sin saber por qué ni el porqué, entre compatriotas, entre vecinos, incluso, entre hermanos, a veces. Días que, para cualquier corazón medianamente sensible, eran mucho peores, más trágicos y crueles que los de la guerra misma. Peores porque durante la guerra, muchos estaban ciegos por el odio y, por consiguiente no se enteraban de nada, y muchos otros, la hacían convencidos de que pegando tiros, matando a diestro y siniestro, solucionaban el problema que ellos mismo habían inventado. Sin embargo, en el tiempo de posguerra, reinaba la desolación en sus partes más tremebundas: muerte, destrucción, hambre, pena, etcétera. Sólo la misma vida con esperanza, incluso sin ella, era el único motivo de vivir.

La española había terminado el día 1 de julio de 1939, con el triunfo y el boato —fiesta— de los llamados nacionales. En cuanto a la segunda concluyó sin conseguir la paz del mundo; terminó el día 15 de agosto de 1945. Terminó con holocausto de Hiroshima y Nagasaki; culpa de la primera bomba atómica lanzada desde el *Anola Gay* por una de las potencias unidas, concretamente por los Estados Unidos de América.

Igual que en todas aquellas peores clases de guerras, había dos grupos, los cuales como para demostrar que el llamado ser humano puede vivir el mismo hecho de diferente manera y fondo —según los intereses que tenga en él—, un grupo lo vivía como triunfo y el otro como fracaso causante del miedo y de la venganza.

Aunque la desdicha era evidente en todo el territorio nacional, donde más se notaba y, por supuesto, sufría era en las ciudades: cuanto más grande la ciudad, mayor era la ruina y el sufrimiento. Por ejemplo Madrid se quedó, además de sin muchas vidas, sin transporte, sin luz, sin

agua y sin pan, o sea sin lo imprescindible para sobrevivir. Todo después de ser invadido por las llamadas fuerzas nacionales, tras apropiarse del Alcázar de Toledo, vencer en la gran batalla de la Casa de Campo y derribar la fortaleza del cuartel de Montaña. Sin lo más necesario para sobrevivir, Madrid no sólo sobrevivió, sino que vivió sin milagros: sólo con el esfuerzo, el trabajo, la tenacidad y hasta la alegría de sus habitantes.

En los pueblos y aldeas de campo, era otra cosa, pues, además de la persecución de los vencedores menos sangrienta e inhumana, había algo de trigo, maíz, patatas, gallinas, cerdos y «algún animal más». Productos y privilegios que eran propiedad de unos pocos, y por consiguiente, no se repartían por igual, pero a todos le llegaba algo: suficiente para ser pobres sin morirse de hambre, como sucedía en las ciudades.

Evidentemente, como ya se ha insinuado, los terribles efectos de la posguerra se notaban menos en las aldeas que en las ciudades, menos se notaba aún en las de Galicia, pues, ¿quién en aquella tierra minifundista no poseía en trozo de tierra para plantar patatas y grelos para cocinar el famoso caldo gallego? ¿Cuál de las familias bien acomodadas, como era la de los «Aldao», no disponía de una o dos vacas y una docena de gallinas, cuyo producto daba para vender y algo para consumo familiar? Y no sólo eso: en Galicia los efectos de la posguerra era mucho menos, porque en aquella región, la guerra fue más «benevolente», pues, por estar sus habitantes muy con la derecha, apenas había sonado los fusiles, ni los cañones ni las bombas.

En la casa de Aldao, aldea de As Campas, se celebraban el día del 18 cumpleaños de Palmira y Pablo, sus dos hijos gemelos. Se celebraba con una gran fiesta en la casa familiar, a la que asistían todos los miembros de la familia, que eran muchos y algunos amigos. La comida era extraordinariamente casera y abundante en calidad y cantidad para tiempos de hambre: callos a la gallega —con garbanzos— de primer plato y cocido de jamón, de segundo; todo regado con torrentes de vino del Riveiro. De postre, tarta de Santiago rociada por más de un chupito de anís La Asturiana, imprescindible para cantar una *rianxeira*, al termina el banquete. Naturalmente los gemelos eran los protagonistas y, como tales, además de los «que cumplas muchos más», habían recibido muchos regalos, especialmente, la chica, como muestra de que ellas han de ser más generosas y espectaculares cuando de lucirse se trata.

La noche de un día como aquel lleno de sol, porque un óvulo se había dividido en 2 y fecundado por un espermatozoide también dividido en 2, en el mismo acto, habían caído en este mundo lo homenajeados. Ambas criaturas eran físicamente preciosas; pero, a causa de alguna trasgresión biológica, se asemejaban tan poco que no parecían, ya no gemelos, sino que a simple vista, ni podía saberse si eran hermanos. Para que fuesen en algo semejantes, su madre cuya gran ilusión era parir gemelos, quiso —por supuesto con el consentimiento del padre que era el que tenía el privilegio de la última palabra, en todo— bautizarlos con un nombre que empezara por P, sin saber por qué, su letra preferida. Según habían ido creciendo y su excelente figura se hacía adulta, también crecían sus diferencias psicológicas. Al revés de la realidad biológica, aquellas diferencias, en lugar de separarlos como suele ser normal, les acercaba como si en lugar de ser hermanos gemelos fueran dos seres nacidos para quererse y vivir inseparables.

Por ello, casi todo lo hacían juntos y juntos iban al mismo colegio, aunque quisieran ir separados no podrían porque era el único que había en muchos kilómetros, y eso porque era cabeza de parroquia; en las demás aldeas, los niños únicamente podían aprender a trabajar para comer algo. Colegio al que sólo asistían ellos y otros 5 niños y, como excepción una niña de otra aldea; niños entre los cuales estaba Alfredo, amigo de juegos de Pablo e hijo de Manuela Montes y, según malvados rumores, de un cura que, pese a ya no estar destinado en la parroquia, era la fuente de ingresos que le permitía a Alfredo y su madre vivir sin apuros económicos. Tenían como profesora a doña Clotilde —cuya enseñanza nada tenía en común con el sistema de Francisco Giner de los Ríos—, una señora que no se sabía si, por hacerse mayor antes de tiempo o por no tener ganas de enseñar, algunos días no se presentaba, lo que daba lugar a que los alumnos se dedicaran a jugar y a otras cosas menos confesables. Entre ellas estaba el hecho de que, quizás por no parecerse, Palmira y Pablo todo lo vivieran juntos. A medida que iban creciendo, también crecía entre ambos un rayo de amor que nada tenía que ver con el de hermanos. Sin embargo, nunca se supo —ni siquiera ellos sabían lo que era— porque, sin duda, se ocultaba tras la impenetrable montaña familiar. Al contrario, todos consideraban formidable el hecho de andar juntos, como hermanos.

La falta de parecido de Palmira y Pablo, no hacía feliz a la madre que, como ya se ha insinuado, había soñado mucho con parir gemelos idénticos en cuerpo y alma. Sueño inspirado en las palabras de su ginecólogo quien, más por aumentar la ilusión de la interesada que por razones científicas, le había dicho que por ser tan joven, disponía de muchas posibilidades de que los gemelos vinieran a este mundo iguales; menos en sexo, casi clonados. Visto que el parto demostró otra realidad, es decir, sin parecerse en nada el doble producto de su maternidad, Narcisa —así se llamaba la madre—, no sólo arremetió contra el médico, sino que, esfumándose su gran placer de ser madre primeriza con gemelos iguales, pasó de joven dulce a mujer amarga. Transcurriendo el tiempo se desvaneció su mal estado, pero siempre llevando como símbolo la idea de ser madre de dos criaturas iguales. Empujada por esa potente idea, lo intentó otras dos veces, y al no conseguirlo, culpó a su marido del fracaso. Idea de fracaso tan fuerte que le hizo soñar con dejar a Manuel, pese a que no existía ni la separación, ni el divorcio legales. Como posible solución del problema, pensó en conseguirlo en secreto con otro hombre; mas no consiguió el hombre del que enamorarse, y ella sin amor no quería sexo ni para parir gemelos.

La casa que sin parecerse siquiera a un palacete, era la mejor de As Campás, aldea que bien pudo haber sido soñada por quienes todavía vivían y morían, en cavernas y chozas; con su iglesia románica del siglo XII, declarada monumento nacional y situada en el centro mismo de la aldea, cuyo campanario, además de servir por su altura para contemplar la aldea con todo el paisaje que la rodeaba a lo lejos, servía para sujetar las cuatro campanas que, a su vez, servían de reloj anunciando las horas y otorgarle por derecho el nombre de: aldea de As Campás. Con su camino —antes *corredoira*— principal recientemente asfaltado; con sus casas construidas de barro y piedra en bruto, sin ningún orden urbano; con su *corredoiras*, caminos de carros, animales y miedos nocturnos; con su lavadero donde las mozas aprendían la segunda asignatura de amas de casa, mientras aquéllas se divertían o se peleaban en la tertulia de la murmuración; con el riachuelo donde los niños descubrían secreto del mar jugando a los barcos; con sus dos tabernas donde los hombres mataban el cansancio diario con tazas de Ribeiro y el aguardiente que era su mejor sofisma.

De pronto, cuando la fiesta estaba en todo su apogeo con el primer brindis en honor a Palmira —con la que no se había reparado en preferencias—, llamaron a la puerta utilizando el aldabón instalado hacía dos días después de ser adquirido por Narcisa en una tienda de antigüedades de la ciudad a donde iba a vender, diariamente, la leche —lechera— entregada por todas las vacas del lugar.

La llamada dejó a todos petrificados por la sorpresa; tanto que el aldabón tubo que funcionar tres veces más para dejarse oír. Interrumpiendo el acto del brindis, todas las cabezas se giraron hacia la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó por fin, Narcisa.

No hubo respuesta y el silencio se hizo aún más duro.

—¿Quién es? ¿Quién es? —repitió Manuel en tono de protesta.

—¡La Guardia Civil!

Un «¡Oooh!» de estupor resonó en toda la estancia.

—¡Virgen santísima! ¡La guardia civil! —exclamó Narcisa con voz decadente y un suspiro de auxilio.

Con el temor reflejado en la mirada se preguntaron unos a otros, pero nadie supo que contestar. La fiesta se interrumpió bajo el presentimiento colectivo de que algo peligroso iba a suceder porque todos sabían que cuando llamaba la Guardia Civil no era para regalar nada.

—¡Ay Dios! ¿A quién habrán matado ahora para que vengan aquí el día del cumpleaños de los rapaces, precisamente? —estalló Salustiano, tío paterno de los homenajeados.

Tras dudarle un minuto y carraspear repetidamente, Manuel inició el descenso por la escalera que conducía a la puerta, cual si lo hiciese hacia el patíbulo. Al abrir la puerta vio con sorpresa, que los culpables de la desagradable llamada eran dos hombres vestidos de traje y corbata. Sin embargo, al darse cuenta que a pocos metros también hacía acto de presencia la pareja de la Guardia Civil con sus capas, sus tricornios y sus fusiles al hombro, supo que la cosa iba en serio. Echando mano del valor tantas veces demostrado dijo:

—¿Quiénes son ustedes y que quieren? —preguntó Manuel sin abrir de todo el postigo.

—Somos de la policía social...

—Sí, y venimos a detener al que supongo será su hijo —contestó el que parecía ser el jefe, con voz de trueno, interrumpiendo al otro.

La pareja de la Guardia Civil permanecía, como si estuviera de escolta, en el mismo sitio y en silencio.

—Y así... ¿están ustedes de servicio? —se atrevió a preguntar Manuel.

—¡Claro que estamos de servicio! —ratificó el otro con voz de trueno, añadiendo—: y venimos a detener a un tal Pablo Aldao González. ¿Cuál de los comensales de la fiesta es?

«¿Y este desgraciado por qué sabe que estamos de fiesta?», se preguntó Manuel sin pensar que las fiestas siempre son motivo de publicidad.

Haciendo uso de la filosofía popular a la que era muy aficionado, y también sabiendo algo de la de Platón, es decir, como que «todos los problemas, menos los muerte, tienen solución», después de un «hasta luego», habiendo bajado tras su padre, de puntillas, inesperadamente:

—Soy yo, pero aún no he terminado de comer —contestó Pablo con su habitual sonrisa.

—¡Ah! Sí, el mismo —intervino Manuel, haciéndole señales para que guarde silencio—. Y yo soy su padre. Pero digan, ¿a dónde y por qué se lo llevan, ustedes, si se puede saber?

—Lo llevan a nuestro cuartel, pero no se preocupen que nada le va a pasar —dijo por fin el Cabo Primero de la Guardia Civil.

No importándole lo dicho por el Cabo ni el hecho de no haber terminado de comer, el de la «social»:

—A dónde no se sabe, el por qué sí. Lo llevamos por «rojo» —aclaró con una sonrisa cínica, añadiendo el de la social—.

—Lo de «rojo» lo voy a comprobar ahora mismo.

—A ver chico, ¿tú sabes quien fue Calos Marx el creador del socialismo científico? ¿A qué sí?

—A qué no —replicó Pablo.

—Chico que esto no juego —dijo al agente con voz amenazante.

El joven se encogió de hombros con la indiferencia de un neandertal que le hablaran de *Albert Einstien*.

—Lo que sea lo empezó usted.

Antes de que el policía hiciera lo demostrado, se dirigió al joven:

—Es muy buen estudiante. Pero, ¿para qué coño va saber eso? —intervino Manuel.

—Tiene razón el señor —asintió el de la «social» que mandaba más—. A nosotros sólo nos dijeron que lo lleváramos por «rojo». Venga Pepe, no le demos más vueltas. Ponle las esposas y *pa lante*.

—Hombre —intervino de nuevo el de uniforme con galones, intuendo inocencia del joven—, los grilletos no hace falta ponérselos, la cosa no es para tanto. Además alarmaría mucho al pueblo.

—Bueno, vale, pero que conste que la responsabilidad es vuestra si se da a la fuga —dicen los de la social, al unísono. Sin embargo, alejados de los de uniforme para continuar con su servicio, le colocaron las esposas apretadas como si fuera un delincuente habitual. Mientras realizaba tan burda e inhumana operación:

—Sí, señor, conozco a un... Carlos. Es mi amigo, pero no se apellida Marx, sino... Seberino y, que yo sepa, lo único que inventó fue una trampa para pillar mirlos, que son difíciles de cazar —respondió Pablo sin cambiar, por inconsciencia, su talante de alegría interior, pero un poco alelado.

Ante tan inesperada respuesta los de la «social» no supieron que contestar de inmediato; mas pasados veinte segundos, el que —pese a su estatura de gigante, parecía ser el manda menos—, le dijo dirigiéndole una mira asesina:

—Serás hijo de puta, chaval. ¿Qué pasa, qué te vas a cachondear de nosotros? —dijo mientras a brutales empujones lo metía dentro del vehículo oficial, para despistar, con matrícula de Cuenca.

A partir de aquel momento y de aquel golpe, Pablo tomó conciencia de que aquello no era un juego de niños, pues, aquellos hombres eran seres inauditos, no pertenecían a la especie humana, sino a una clase de bestias desconocidas. Tanto era así que, de pronto, los dos se le antojaron actores secundarios de aquella única película americana de terror, de Orson Welles, que había visto la última vez que fue a la ciudad.

Como si todo le importara un bledo, el joven se encogió otra vez de hombros; no obstante, fue entonces cuando cambió su talante festivo por una profunda aflicción.

La aflicción de la amargura de saber que su situación, al no permitirle volver a su casa con la familia, especialmente con Palmira, era como un destierro que no se sabía por cuanto tiempo. Quizás perdurable para siempre. En medio de los dos guardias de uniforme, llevando ahora a los

de paisano como escolta, Pablo cruzó la aldea, paseo que, lógicamente, produjo el espanto y la incertidumbre de los vecinos encontrados al paso y los asomados a las ventanas.

Naturalmente la detención de Pablo se convirtió en un gran acontecimiento, pues los vecinos, además de salir a las puertas y ventanas con el espanto pintado en sus rostros, se hacían toda clase de preguntas, sintiendo así toda clase temores, incluso de que aquella detención podía ser prolífica por cuanto podía generar otras muchas. Sin embargo, nadie se atrevió a formularlas en voz alta. Entre todas, la pregunta que más se repetía y destacaba entre todos como una nube negra en un cielo azul, era: ¿será por qué es «rojo»? Tanto se repitió la pregunta que el joven fue señalado con el pseudónimo de «rojo» para siempre. Tanto que los comunistas verdaderos lamentaron la pérdida del único representante de sus ideología en la aldea de As Campás.

Días en que en cualquier parte de país, un pelotón de ejecución con los mosquetones cargados podía esperar únicamente la orden de «fuego» para que muchos cuerpos inocentes pasaran de la posición vertical a la horizontal para no levantarse jamás. Cuando alguno, por miedo o principios, se negaba a ver venir tan cerca la muerte, se le concedía la «gracia» de vendarle los ojos con un pañuelo *ex profeso*; pero jamás se le permitía recibirla por la espalda.

Cuando la muerte era, digamos oficial, se ejecutaba a la puerta de los cementerios. Tal hecho era objeto de muchos y diversos comentarios por parte del pueblo llano, y como lo muy dicho por esta clase social siempre alcanza la categoría de rumor, se rumoreaba en forma de verdad absoluta que los mataban así para que estuvieran más cerca del sitio donde alcanzar el descanso eterno. Pasado el tiempo, el rumor alcanzó la categoría de símbolo nombrado durante los funerales por los muertos. A pesar de todo, a la mayoría de los que allí les quitaban la vida, descansaban en tumbas colectivas y hasta mixtas.

Por supuesto, para todos, la fiesta se malogró y los invitados se fueron despidiendo unos detrás de otros. Antes de que se llevaran a su hermano —no podía ver su desaparición—, Palmira dejó de comer el manjar que era para ella la tarta de Santiago y lo miró en silencio, con una mirada en la que se podía leer el mensaje de amargura que invadía su corazón. Sin dejar de mirarlo, un desfile de lágrimas rodó por sus pálidas

mejillas. Se levantó y, dando un rodeo en torno a la mesa —siempre se sentaban frente a frente—, se le acercó mientras él se ponía de pie con una sonrisa escéptica. Con lágrimas y sonrisas para disfrazar la pena, se abrazaron, fuerte y cariñosamente; luego ella desapareció por la puerta de atrás, con un «hasta luego», cargada con la amarga sensación de no volver a verlo. Sin embargo, sola en su cuarto se hizo el controvertido y firme propósito de volver a verlo, abrazarlo y hacer aquello... que, no sabía por qué, habían dejado de hacer aquel día, pasara lo que pasara...

«Anda, ¿y dónde? Bueno, es fácil porque estará en el cuartel y, aunque el cuartel no sé dónde está, a cualquiera que le pregunte me lo dirá. Y cueste lo que cueste, lo traeré conmigo como siempre; sino me iré con él, en todo caso» se dijo para sí, pensando no obstante, que Pablo era, más que otra cosa, víctima de sus propias truculencias.

Sospechando su desaparición como otras veces por igual motivo, Narcisa, la buscó registrando sobre todo el cuarto de baño que era donde sabía que refugiaba cuando tenía algún problema o para ponerse más guapa; pero no la encontró. «Esta ya fue a buscarlo», pensó.

Efectivamente, Palmira, cambiando el llanto por el pensamiento, ya rato había marchado para hacer algo que pretendía perdurara como hazaña familiar. «He de llegar al pueblo antes que se lo lleven a otro sitio». Pensado y hecho, cogió el bolso, y cambiando las zapatillas caseras por los zuecos que, además de buen caminar protegerían sus pies de los charcos y del barro formado por la lluvia, salió por el corral para no ser vista por sus progenitores. Mas, antes de salir al camino por la cancilla, recordó que caminar en zuecos por la ciudad no causaría buena impresión; entonces cogió los zapatos de medio tacón que, regalo de su abuela Virtudes, no podría estrenar para ir al baile aquel día de su cumpleaños, y volvió a salir de puntillas, pues estaba segura de que si alguien oía sus pasos le prohibirían la marcha.

A los pocos metros de transitar por el sendero, se encontró con el primer barrizal, que gracias a los zuecos salvó sin más problemas. El camino iba en descenso y cada paso se presentaba más intransitable y oscuro. Menos mal que, de cuando en cuando, la melodía de algunos pájaros alegraba las sombras y como si marcara el ritmo de sus pasos y el del sol que discurría hacia el horizonte. A pesar de que los zuecos estaban provistos de clavos especiales para evitar patinajes, Palmira res-

baló en la capa de barrillo que cubría la hierba. Resbaló, se desplomó y rodó por el suelo hasta chocar contra un roble próximo de no menos de 100 años de vida. Rodó, pero sin soltar el capacho de su madre, que con las prisas había cogido en lugar de su bolso. Capacho que, como si en él guardara un tesoro, sujetaba baja su brazo derecho. Lo primero que pensó antes de levantarse fue en que se habría ensuciado el vestido de percal estampado y complemento de su bien perfilada figura; vestido que tenía que limpiar con lo que fuese antes de llegar a su destino. Su pensamiento no se equivocó, pues tenía una mancha en la parte que cubría su redondeada nalga derecha. Utilizando las hojas de los árboles con las cuales el otoño alfombraba el suelo, la hizo desaparecer pensando que, aunque era poca la suciedad, así no podía andar por la ciudad, pues sería el hazmerreír de la gente. Al incorporarse sintió un fuerte dolor en el costado derecho ocasionado por el impactado con el árbol. Con un hondo suspiro y algo de temor, sospechó que tendría alguna costilla rota. Sin embargo, como si nada hubiese pasado, continuó caminando hasta el fondo del valle donde había una pequeña laguna natural crecida por la lluvia reciente. Laguna cuya familia de ranas había interrumpido su canto al verla, y donde crecía algunas plantas de agua: biomas y lirios entre otras.

Las sombras allí se multiplicaban y el silencio era fúnebre hasta que, de pronto, del abrigo de una roca salió a cuatro patas una fiera y todas las aves despegaron, cual escuadra de aviones, volando y piando de espanto. La joven se quedó estupefacta y temblando de miedo hasta descubrir que no era ningún bicho de la sabana, sino un zorro como el que ya había visto cuando su padre lo sorprendiera antes de llevarse las gallinas del gallinero.

Estaba exhausta de tanto caminar, rodar y luchar con el barro. Sin embargo, una fuerza como subterránea y una idea misteriosa como de descubrir un nuevo mundo, le empujaban sin descanso hacia delante. A recuperar sus fuerzas contribuyó el canto de algunos pájaros, cuyos colores imaginó como por sinestesia. Consultando el reloj de pulsera que le había traído su tío Gumersindo cuando hizo el servicio militar en infantería de Tetuán, se percató de que, yendo por allí, en lugar de adelantar tiempo lo que hacía era perderlo; en consecuencia, pese al dolor del costado, se propuso aumentar la velocidad para conseguir su pro-

pósito; lo que pudo conseguir porque, lógicamente, al Sur, el camino se presentaba más seco y transitable. Aquello además de ahorrar tiempo, le permitió dejar volar su memoria por todo lo que había sido la vida de Pablo y ella, juntos y separados: la escuela, las locuras de él jugando al escondite, la alegría de encontrarlo cuando se escondía, los juegos a la billarda y a la mariola y, pasados los 13 años sin saber por qué ni por qué no, la inaudita atracción que sentían uno por el otro. Atracción que, pese a la preocupación de sus progenitores —pensando que podía ser indecoroso—, que temían la crítica de los vecinos, perduraba cada día con más fuerza.

En aquel contexto y mientras todo aquello ocurría, Palmira y Pablo pensaban por coincidencia casual o tal vez por telepatía, en sus diferencias como personas, aunque como hombre y mujer se hacían cada hora más afines. Como ya se dijo, iban al mismo colegio lo que era un motivo más para que permanecieran mucho tiempo juntos. No obstante, Pablo siempre tenía tiempo y ocasión para perderse en los acantilados del mar o entre los árboles del bosque, cercanos —era un apasionado de los lugares naturales y difíciles, capaces de hacer volar la imaginación—. Cuando eso ocurría, Palmira, su hermana, lo buscaba por todas las partes, con afán de perro rastreador. Lo buscaba tan ansiosamente que, cuando no lo encontraba sufría una sensación mezcla de decepción e impotencia; y por lo contrario, cuando lo encontraba experimentaba el placer de descubrir el mejor tesoro. Y ni ella misma sabía por qué hacía y sentía aquello sin otros motivos. Sí, era algo inaudito; sin embargo, había una fuerza interior que la empujaba a realizarlo, y eso sí lo sabía porque muchas veces, considerándola absurda, luchaba contra ella, que era igual a luchar contra sí misma.

Pensando y hablando sin interlocutor, apenas sin darse cuenta, después de recorrer unos 30 decámetros, recordó con efímera satisfacción, la existencia del atajo que discurría por senderos y *corredoiras* a través del valle de A Noite, llamado así por la oscuridad que allí reinaba a causa de la frondosidad de los pinos y otros árboles que la botánica había tenido a bien donar para beneficio de todos; sobre todo de la multitud de aves que allí anidaban. Recordar aquel camino, que por oscuro y difícil sólo había transitado una vez, le reconfortó por el ahorro de tiempo y la contemplación del paisaje, lo cual, por otra parte, la potenciaba para enfren-

tarse con los problemas, incluso con los posibles peligros que podían surgir. También le satisfacía el hecho de que el camino desembocaba en la aldea de Sabón, donde podía encontrar con alguien que le prestara ayuda si la necesitaba. «Además allí vive Marina, la que hizo la primera comunión conmigo, y que después nos hemos visto varias veces en la verbena por la fiesta de San Tirso; y también vive Eduardo —Edu— el que me tiraba los tejos en el colegio, cuando todavía estábamos en la peligrosa frontera de la niñez y la adolescencia», se dijo.

En Sabón, aunque con todos los que se cruzó la miraron de arriba a abajo, en particular los hombres, no se topó con nadie conocido ni que la conociera, lo que aprovechó para llegar a la carretera que le permitiría recuperar el tiempo perdido. Al llegar a las ruinas del castillo —decían de años antes de Cristo— que había a la entrada del pueblo, se detuvo para darle otro repaso al vestido deslizando ambas manos por las bien moldeada curvas de su cuerpo. Luego, sentándose en una piedra resto de una almena, se cambió los zuecos por los zapatos, regocijándose con los cuatro centímetros que había crecido, aparentemente, claro.

Aunque pareciera algo muy extraño, pasó un rato mirándolos con el interés de quien contempla una joya y, como si quisiera acariciar la parte de un cuerpo querido, les pasó la mano derecha a lo largo de toda la piel. Después, recordando a la abuela, que se los había regalado con la sensación de haber cumplido un deber ineludible y la idea de ser tan truculenta como su hermano, se puso de pie e inició el camino con la seguridad de, al ser la ciudad de su destino inmensamente más graden que Sabón, muchos más ojos la iban a acariciar con sus miradas pícaras; más nadie reparó en sus encantos, aunque eran considerables.

Ciertamente, como había recordado (no era la primera vez que estaba), dos km antes de llegar a la ciudad la carretera estaba dotada de asfalto y estrechos paseos de piedra labrada. «Qué bien, esto me va a permitir llegar mucho antes, tal vez antes de que se lleven a Pablo», se dijo la joven. Sin embargo, sabiendo que en la ciudad era tan importante ir guapa y elegante como llegar pronto, se detuvo un momento para revisar de nuevo su cuerpo y, recordando que en el capacho había metido un pequeño espejo en el cual hizo reflejar su cara, comprobó, con lógico placer, que había recuperado algo de su brillo natural. A pesar de la artificialidad de su crecimiento que la alejaba de su estatura natural, se

sintió más en forma para entrar en la ciudad y más cerca de sí misma; tanto que por un instante se olvidó del cometido que ella misma se había impuesto. Metida en sí misma, como autómatas, se esforzó en entrar imitando a aquellas modelos de pasarela que había visto en la revista *La Semana*. Cuando volvió a la realidad, se quitó los zapatos y caminó descalza... Y fue así cuando en verdad la miraron tanto que un turismo de los pocos que aún circulaban por carreteras y calles de España, se detuvo a su altura y sacando la cabeza por la ventanilla, un hombre con el adusto semblante de monje, le preguntó:

—Pero, hija ¿a dónde vas así? ¿Estás haciendo alguna penitencia, acaso?

—Pues, sí, señor —mintió—. Pero también voy al cuartel de la Guardia Civil. ¿Sabe usted dónde está?

—Claro que lo sé, mujer; ¿no lo voy a saber? Si quieres te llevo en el coche —se ofreció el hombre.

—No, gracias, prefiero ir a pie.

—Bien, pero, por Dios, cálzate o, ¿no tienes calzado?

—Tengo dos pares —afirmó la joven—. En seguida me pongo los zapatos.

Antes de llegar al cuartel se detuvo en aquel alto donde estaba situado para ponerse los zapatos. Después dio media vuelta y paseó la mirada por todo la parte que sus ojos eran capaces de alcanzar, mirada que le sirvió para sentir el deseo, una vez más, de abandonar para siempre la carcelaria aldea de As Campás y vivir en la ciudad cuanto más grande mejor. Era un sueño reflejado en su memoria desde aquel día que, acompañada por todas las compañeras de clase, había hecho aquella excursión a Madrid, organizada por la Sección Femenina del estado. Como contrapunto a aquel deseo, de pronto acudieron a su memoria los recuerdos de todo lo vivido en la aldea; sobre todo las historias infantiles que le contaba su padre de cuando era niña. Aquella mezcla de sentimientos tan desiguales, inesperadamente terminó incrementando el empeño y el ansia de buscar y encontrar a Pablo, su hermano del alma.

Desde allí, Palmira pudo dirigirse tranquilamente a la casa en cuya fachada destacaba el rótulo simbólico y prolífico: TODO POR LA PATRIA. Por supuesto, el calabozo sería la antítesis de una *suite*, incluso la de una habitación de una fonda de antes. Sin embargo, el cuartel en general, si

no fuera por el axiomático rótulo, bien podría confundirse con un hotel del siglo XIX: edificio de tres plantas, construido con ladrillo pulido, con incrustaciones de piedra virgen y 40 metros de fachada en cuyas dos esquinas destacan otras tantas torres de piedra virgen con adornos de mármol.

—¿Qué deseas? —preguntó el guardia de puerta sin darle las buenas tardes.

—Encontrar a un chico alto y de ojos azules que seguro anda por aquí. ¡Por favor! —contestó la joven al final en tono implorante.

—Será tu... Novio. ¿No, eh? —masculló el guardia, suspicaz.

—Pues no, señor. Es mi hermano, para que usted lo sepa.

Bueno, espera un momento que avise al sargento.

—Buenas tardes, ¿a qué debo el honor de recibir a un chica tan linda? —saludó el sargento antes de que Palmira dijera esta boca es mía.

—Buenas tardes, señor —respondió ella con su timbre de voz más dulce.

—¡Pase, pase! —le recomendó el suboficial ejecutando un gesto toreiro con su mano de mano derecha y con tono emocionado, pues podían pasar meses sin ver una chica en aquella especie de castillo medieval.

—No, gracias. Prefiero esperar aquí, si no le importa —contestó la joven señalando el suelo con el dedo índice de su mano izquierda.

—Cómo quieras... Bueno, a ver. ¿Qué es lo que te trae por aquí a estas horas, si se puede saber?

—Busco, mejor dicho, vengo a buscar a mi hermano Pablo —anunció cambiando el tono tembloroso por el de réplica, añadiendo—: que está ahí dentro —repitió, señalando el interior con un movimiento de su mano izquierda—. Supongo que lo tienen ustedes ahí encerrado, ¿no?

Como si las palabras y la mirada al interior de la joven cambiaran el talante del hombre:

—Mira, moza, ahí dentro no está nadie que no pertenezca al cuartel —afirmó con voz menos tierna, añadiendo—: a tu hermano Pablo se lo llevaron. ¿Quién sabe dónde?

—Bueno, para que yo pueda hacerme una idea. Sabrá usted quién lo llevó y hacia dónde se fueron, por los menos. —interpeló Palmira con voz de hiriente reproche; pero después, por temor a las consecuencias de su tono y pintando su lindo rostro de ictericia, añadió invocando al todo poderoso—: se lo pido por Dios, y perdóneme.

—Nada que perdonar, guapa. Mira, hace un rato se lo llevaron los de la «social». Tú no sabes quiénes son ni falta que te hace; pero te diré que son los que llevan, sin que nadie sepa a dónde, a cualquiera por el simple hecho de respirar. Así y sin un porqué, se llevaron a tu hermano —explicó el comandante de puesto, prosiguiendo—. Bueno, en cuanto hacia dónde, sí te lo puedo decir porque los acompañé hasta la puerta principal. Ven conmigo —y yendo los dos a la citada puerta, continuó señalando con su mano izquierda—: mira, por esa calle a la izquierda, rumbo a Portugal, por ahí los seguí hasta que los perdí de vista como se pierde una gaviota en el aire.

Las emotivas palabras del sargento completaron su temeraria decisión de continuar la búsqueda de Pablo desde allí mismo, sin volver a casa. Buscarlo y encontrarlo aunque para ello tuviera que recorrer el mundo. Pero, ¿cómo si no disponía del mínimo referente ni medios de subsistencia? Además, tal decisión suponía una aventura inconcebible en una chica tímida por naturaleza. Decisión que provocó la sorpresa de sí misma. «¿Me habré vuelto loca?», se preguntó. El azar, cosa, verdad o superstición en la que, pese a su poco saber, ella confiaba, sobre todo en los momentos límite. Sí, el azar vino a resolverle la situación de momento.

—Bueno, señor, algo es algo. Por donde usted me dice empezaré a buscarlo sin descanso hasta que lo encuentre. Muchas gracias, señor guardia...

Rota la esperanza de encontrar a su hermano en el cuartel, después de un rato en silencio y volviendo de nuevo al centro de la tragedia, Palmira, en tono de despedida fúnebre, reanudó el llanto.

—Tienes razón, y sigue así porque es la única manera de encontrarlo y atrapar al culpable, aunque corramos el riesgo de molestar a algún inocente, como puede ser el caso —contestó el de los galones pensando en tomar parte.



II

Después de terminar el tiempo de lo imposible, Palmira salió del cuartel de la Guardia Civil con la decepción y la congoja en la mochila del alma; mas sin perder un ápice de la fuerza e ilusión que le proporcionaba la esperanza de encontrar a Pablo, su adorado hermano. Bajando con paso rápido la cuesta que separaba el cuartel del centro de la ciudad, cuando cruzaba la plaza que por su nombre: Plaza de Colón, recordaba al famoso descubridor o primer invasor de tantas tierras gracias a la cuales en «España no se ponía el sol», recibió la sorpresa de encontrarse con un joven que la seguía y miraba. Después de soportar el seguimiento y agradecer la mirada, se atrevió a protestar, dando media vuelta:

—Oye, chico ¿tú por qué me sigues y me miras tanto?

—¿De verdad, qué no me conoces, Palmira? —preguntó el seguidor con extrañeza.

«¡Ufff! Y hasta sabe mi nombre», se dijo ya pensando que de algo lo conocía. Después de pasear una vez más su mirada por la cara del recién llegado. «El mismo, Eduardo el de los Zas. ¡Qué cabrón!» se dijo recordando, a pesar de los años transcurridos, el problema que se había originado entre las dos familias cuando el chico había pretendido llevarla al zaguán después de hacerle, repetidamente, la «rosca» en el colegio. Y también le vino a la memoria el polvo que se había levantado en la aldea cuando él se estampó el tatuaje en el hombro izquierdo.

—Pues, no. Sin embargo, me suena tu donaire; pero ahora no caigo —respondió la joven moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Bueno, pues para que me recuerdes estás invitada a lo que quieras, ahí en ese bar —invitó señalando con el dedo índice de la mano derecha un edificio en cuya fachada se colgaba un rótulo fluorescente que anunciaba: bar LA MONTAÑA.